

Brenda Lozano

Brujas



Paloma está muerta. Ha sido asesinada. Pero antes de ser Paloma, su nombre fue Gaspar. Antes de ser Paloma, Gaspar hacía ceremonias para curar a la gente, pero desde que se convirtió en Paloma, se dedicó a la vida nocturna con los hombres. Prefirió el amor a la purificación. Fue ella quien enseñó a Feliciano todo lo que sabe sobre la curandería. Con este aprendizaje, Feliciano descubre que, además de curar el cuerpo, también puede curar el alma. Pronto sus poderes serán conocidos en todas partes y personas de todo el mundo la visitarán para sanarse. Ella se convertirá en la curandera de El Lenguaje. Por otro lado, la periodista Zoé decide visitar a Feliciano al pueblo de San Felipe para descubrir no solo la verdad sobre el asesinato, sino también la vida de la curandera. Y en ese mismo tenor, construirá su propio relato. Brujas es una historia de tradiciones, sanaciones, violencia y, sobre todo, de la importancia del lenguaje; una novela maravillosamente escrita.

---

La mejor brujería es geometría.  
Para la mente del mago –  
Sus actos cotidianos son proezas.  
Para el pensar humano.  
Emily Dickinson.

*The Nameless is the origin of Heaven.  
and Earth; the named is the mother  
of all things.*  
Tao Te King.

## 1

Eran las seis de la tarde cuando vino Guadalupe a decirme mataron a Paloma. No me acuerdo de horas, no me acuerdo de años, no sé cuándo nací pues yo nací así como el cerro nace, pregúntele cuándo nació al cerro, pero sé que eran las seis cuando vino Guadalupe a decirme mataron a Paloma cuando se arreglaba para salir, la miré en el cuarto, miré su cuerpo en el piso y sus resplandores de los ojos ahí los tenía en las manos y en el espejo se veían dos y las dos tenían los resplandores en las manos como si acabara de ponerse los resplandores en los ojos, como si Paloma se hubiera podido levantar para darme los resplandores.

Paloma había amado a varios hombres que no la querían, había amado a varios hombres que sí la querían y ahí estuvieron muchos hombres en el velorio que fue como una vela. Mi hermana Francisca y yo teníamos a Paloma de parte de mi papá, lo único que teníamos de su familia era a Paloma, hija de Gaspar, el hermano de mi papá también fallecido. Paloma era la única que traía en la sangre lo curandero de mi papá, lo curandero de mi abuelo, lo curandero de mi bisabuelo, ella fue quien me enseñó lo que sé, ella fue la que me dijo Feliciano eres curandera porque lo traes en la sangre. Ella me dijo esto se hace así, esto no se hace así, tú traes El Lenguaje, mi amor, ella fue la que me dijo Feliciano tú eres la curandera de El Lenguaje porque tuyo es El Libro. Paloma llegó a curar hartos hombres que no la querían y a hartos hombres que sí la querían les dijo

su porvenir, curó hartas gentes y a otras les dijo su porvenir en las querencias florecidas o de alguna malquerencia que les marchitaba, las gentes la querían por eso, era buena dando consejos de amor, las gentes se reían con ella y la buscaban porque era buena dando consejos de amor.

La muerte llamó tres veces a Paloma. La primera vez la llamó cuando amó a un político, ahí la muerte le puso su huevo. La segunda vez la llamó cuando amó a un hombre malquerido, ahí la muerte le hizo trinos al oído con esa malquerencia. La tercera vez la muerte la llamó cuando amó a un hombre en la ciudad con una enfermedad aún no nacida pero a punto de nacer, y la muerte le cantó como el sol de lo claro que le venía la muerte a las seis de la tarde ese día que vino Guadalupe a decirme la mataron con los resplandores en las manos y la vi en el espejo dos veces y dos veces se veía demasiado viva si no fuera por la mancha de sangre que le crecía por debajo a Paloma. Pero qué terrible hora, me acuerdo qué terrible hora. Para mí eran las seis en todas partes del mundo de hoy, de ayer y de todos los tiempos, aunque en cada parte hay su reloj, su hora y su lengua, para mí en todas partes era la misma hora y para mí solo había esta lengua y estas palabras eran las únicas porque Guadalupe me vino a decir mataron a Paloma. Eran las seis de la tarde en la sombra que hace el sol con la milpa ahí afuera, eran las seis en punto cuando se me fue El Lenguaje.

## 2

Tomé la nota sobre el asesinato de Paloma por la rabia que me da la violencia de género. Cada vez era menos tolerante a las noticias en torno a los feminicidios, violaciones y abusos, como a las bromas machistas que oía en la oficina. Reaccionaba ante situaciones y comentarios que ponían en desventaja a una mujer o a quien se identificara como tal y desde mi trinchera en el periódico quería hacer lo posible por hacer algo al respecto. Además, en este caso me interesaba conocer a Feliciano, me intrigaba mucho. Acepté la nota sin saber mucho aparte de lo conocido por todos: que es la famosa curandera de El Lenguaje, la curandera viva más conocida. Sabía que en sus ceremonias se valía de las palabras para curar milagrosamente y sabía que había historias de artistas, cineastas, escritores y músicos que habían viajado de todas partes del mundo para conocerla. Los profesores y lingüistas que habían ido a verla del extranjero a la sierra en San Felipe, sabía que había libros, películas, canciones y obras de arte que habían surgido de las visitas que le hacía la gente, no sabía exactamente cuáles, pero sabía que existían. Recibí una foto forense de Paloma tendida en el suelo en un charco de sangre al lado de una cama con una cobija con la figura de un pavorreal. En un correo de dos líneas me decía mi compañero de trabajo que Paloma era familiar de Feliciano, que ella la había iniciado como curandera, pero no tenía más información.

Lo sobrenatural nunca me llamó, lo esotérico menos. Todas las formas de lucrar con las creencias me parecen un fraude. Nunca me he leído el tarot, nunca he buscado mi horóscopo en las revistas. Alguna vez alguien me explicó lo que era una carta astral, no logré concentrarme y en mis adentros me preguntaba más bien qué había llevado a esa persona a interesarse tanto en la astrología. Alguna vez alguien me preguntó qué signo era mi hijo de dos años, no supe qué contestar, ahí mismo esa persona lo buscó en su teléfono y así me enteré de que Félix es Libra. Alguna vez un hombre borracho en una plaza con una voz ronquísima nos dizque leyó la mano a mi hermana Leandra y a mí cuando éramos niñas. De eso solo me acuerdo del aliento alcohólico del supuesto adivino con enormes gafas de sol cuadradas que escupía al hablar. Siempre he sido escéptica, pero algunos episodios con mi mamá y mi hermana me hacían cuestionarme los poderes de la intuición. Me preguntaba de dónde venía eso, cómo se podía explicar. Quería saber quién era la famosa curandera de El Lenguaje y quería, en la medida de lo posible, esclarecer el caso de Paloma, saber quién era ella. Me gustaría decir que el asesinato de Paloma me llevó a Feliciano, así comenzamos la entrevista, pero esta no es la historia de un crimen. Confieso que pensaba que yo iba a ayudar con mi nota periodística, pero quien recibió ayuda al acercarme a Feliciano fui yo, sin saber que me urgía y esto, todo lo que aquí está escrito, lo fui descubriendo por ella. Esta es la historia de quién es Feliciano y de quién fue Paloma. Quería conocerlas. Pronto entendí que debía conocer mejor a mi hermana Leandra, a mi mamá. A mí. Entendí que conocer bien a una mujer supone conocerse a una misma.

Antes de partir resolví algunas cosas en la oficina. Me puse de acuerdo con Manuel y con mi mamá. Él llevaría a Félix a la guardería antes del trabajo, mi mamá lo recogería, lo llevaría a su trabajo en la universidad, estaría el tiempo que fuera necesario con él, se lo llevaría a la casa

hasta que Manuel pasara por él. Más o menos así nos organizamos durante los días que me fui a San Felipe. Todavía no tenía idea de lo que venía, no me imaginaba ni de cerca el poder de la presencia de Feliciano. Todavía no me había dado cuenta de que ella supo desde la primera noche que la entrevisté por qué estaba allí, acaso por eso comenzó a hacerme preguntas en espejo que me llevaron del escepticismo a las ceremonias con ella.

Lo primero que encontré en internet la tarde que tomé la nota de Paloma fueron imágenes de Feliciano con un famoso director de cine y una sesión de fotos de ella fumando, en blanco y negro, tomadas por un fotógrafo gringo muy conocido en los noventa. Encontré varias veces el mismo retrato de Feliciano con Prince vestido de blanco y su símbolo, una mezcla del femenino y masculino, colgando del cuello en una cadena; algunos escritores que he leído, varias fotos de ella con un banquero en Estados Unidos de apellido Tarson, con mucho poder en Wall Street y su eminente esposa pediatra, encontré que ambos habían hecho mucho por dar a conocer a Feliciano en el mundo luego de que vieron el primer documental sobre su vida y sus ceremonias, y, en una foto entre el banquero y la pediatra, me pareció que Feliciano no debía medir más de 1.50, noté que era aún más baja cuando la conocí en persona. Pero no encontré más que una foto de Paloma entre un grupo de *rock* argentino –escuché ese *Unplugged* miles de veces cuando tenía trece años mientras ensayaba batería en el garaje que compartía con mi papá los sábados que armaba y desarmaba coches o electrodomésticos de los compañeros de su trabajo o el de mi mamá–, y en esa búsqueda me sorprendió encontrar que una canción en ese disco, que yo me había aprendido de memoria pensando que hablaba de un viaje espacial, estaba dedicada a ella. Busqué cuántos años tenía Feliciano, su fecha, su acta de nacimiento, algo sobre el lugar en el que nació, pero no encontré nada.

## 3

Yo no sé cuándo nací, no sé la fecha en la que llegué al mundo, pero fue un día del siglo pasado. Sé que mi mamá rondaba los trece años cuando yo nací y mi papá por ahí tenía los dieciséis, mi hermana Francisca nació unos años después y fuimos las únicas dos porque mi papá murió cuando mi hermana Francisca apenas caminaba y mi mamá ya no quiso conocer más hombres. A mi papá lo conocí poco, con el tiempo me enteré de que era muy trabajador, me enteré de que vendía cosecha de la milpa en el mercado del pueblo vecino y que de noche era curandero como mi abuelo y mi bisabuelo fueron curanderos. Paloma lo ayudaba a mi papá en las veladas. Con el tiempo también me enteré de que mi papá curó hartas gentes, y algunas de muchacha me buscaron para agradecerme por alguna cosa que les había curado mi papá, y otra vez alguien me agradeció de rodillas bendiciendo el nombre de mi abuelo por una neblina que le curó en los ojos.

Así como me dice de su mamá, yo de niña tenía harta intuición, Zoé. Algunas personas le preguntaban cosas a mi mamá y yo les respondía sin que me vieran y las personas se asustaban. Una vez a mi mamá la vino a ver un señor que se llamaba Fidencio que vendía tejamanil, triste estaba Fidencio, así caído como tejamanil mojado por las lluvias estaba de caído él y mi mamá le servía frijoles y yo toqué el brazo de Fidencio, cerré los ojos y vi un perro blanco al lado de un monte, le dije el perro era así chico y vi un niño que estaba ahí yendo al monte y el perro seguía

al niño. Fidencio se puso a llorar, me dijo tú cómo sabes, yo solo le dije lo que vi cuando le toqué el brazo a Fidencio. De eso me acuerdo porque se puso a llorar Fidencio y se enojó. Ya de muchacha supe que yo era curandera porque lo traía en la sangre como Paloma, de ese lado, del lado de mi papá, de mi abuelo y de mi bisabuelo, yo eso lo traigo en la sangre, pero fue hasta que enviudé de Nicanor que supe este era mi camino. ¿Su esposo cómo se llama? Manuel. A mí Paloma me enseñó mi camino, mi papá me lo señaló, me lo pasó en la sangre, pero Paloma me lo enseñó. Yo no sé, pero debí de haber tenido veinte años cuando enviudé, o tal vez tenía ya pasados los veinte años y tenía ya mis tres hijos Aniceta, Apolonia y Aparicio, yo me hice cargo de ellos, de mi hermana Francisca, de mi mamá y luego de Paloma aunque no vivía con nosotros, vivía con José Guadalupe, su esposo, ella ya no podía curar a las gentes porque quiso las noches con él en vez de las veladas. Sí, tiene dos nombres, José Guadalupe me vino a decir mataron a Paloma a las seis de la tarde, eran las seis en punto cuando vino a decirme y yo lo sé porque esa es la única hora que tengo y a esa hora se me fue El Lenguaje.

Yo no conocí a mi abuelo ni a mi bisabuelo en persona, de mi papá tengo pocas memorias, pero ellos tres fueron quienes me recibieron cuando me inicié como curandera. A ellos, a mi abuelo y a mi bisabuelo que eran conocidos por curanderos no los conocí hasta ese día que me inicié, los vi en la velada en la que me inicié ya de viuda y en esa velada vi que mi nieto más chico, que también se llama Aparicio como mi hijo más chico, es el que se parece más a mi bisabuelo. Paloma dejó de ejercer de curandera cuando empezó a amar hombres, pero eso no se quita ni se deja, eso se trae, eso se despierta como perro en la noche con los ruidos livianos. Paloma me dijo Feliciano, mi amor, si no se puede ir de noches con los hombres y curar al mismo tiempo y el mundo igual se va a acabar yo me

voy a perrear las noches, así dejó las veladas de un día al otro. Las gentes empezaron a ir con Tadeo el tuerto, allá cruzando las milpas y las siembras de caña, allá pasando el barranco y la neblina, las gentes ahí se iban con él a su choza hasta que yo me inicié, con él iban antes a que les hiciera cuentos tirándoles los granos de maíz a cambio de aguardiente, ahí se vinieron las gentes del pueblo, luego empezaron a venir de los pueblos vecinos, de las ciudades vinieron y hasta de otras lenguas vinieron.

Yo soy chamana, más fácil me dicen curandera, así me conocen. Unos bruja me dicen. Sí, hay una diferencia entre ser curandera y ser chamana, una curandera cura a las gentes con sus menjurjes y sus hierbas, y una chamana también, pero una chamana también puede curar las cosas que no son del cuerpo, puede curar las cosas que son de las hondas aguas, yo curo lo que han vivido las gentes en el pasado y, por eso, curo lo que viven en el presente. Por eso a mí luego las gentes me dicen que les curo el futuro. Yo la miro y veo que la trajo Paloma, pero también la traen otros que ahí la trajeron de la mano. Paloma me dijo Feliciano, mi amor, chamana, curandera o bruja te queda chico porque tú tienes El Lenguaje, tú eres la curandera de El Lenguaje, tuyo es El Libro. Y también Paloma me dijo Feliciano, mi vida, curar a los hombres no siempre es necesario porque esos no siempre andan enfermos, pero los hombres siempre son necesarios y con esos me voy a curar yo lo muxé, mi amor.

## 4

La intuición de mi mamá me ha asustado tres veces al menos. La primera vez fue a los dieciséis años después de ir a casa de María, mi amiga con la que hice una banda de rock a los trece años, una banda sin futuro, a la que llamamos Fosforescente. Había llegado tarde a la casa, había estado fumando porros, no quería contarle. Estaba mintiendo hasta que mi mamá me dio algunos detalles de la sala en casa de María. Aunque me había llevado varias veces a esa casa para ensayar con la banda, nunca había entrado, y esa tarde que fumamos porros con unos amigos me quedé largo rato mirando un cuadro de flores que mi mamá me describió. Como si eso no hubiera sido suficiente para asustarme, me dijo la frase a la que había llegado luego de un largo tren de pensamiento, una frase que pensé pero no le dije a nadie y que me parecía una verdad oculta, una verdad importante como la invención de la rueda. En mi momento de iluminación pensé y anoté atrás de un *ticket*: «Todos somos diferentes». Escuché esas palabras en voz de mi mamá con mucha vergüenza y le pregunté cómo había adivinado eso.

La segunda vez fue a los veintitrés años, meses después de terminar de estudiar la carrera de periodismo. Se cumplieron cuatro años de la muerte de mi papá y caí en una depresión sin darme cuenta de que estaba en un hoyo, pero había cosas a mi alrededor que me hacían de linterna. O al menos eso parecía. Estaba en mi segundo trabajo como asistente de un editor que me llamaba a cual-

quier hora, un sábado o un domingo para que investigara algo, para que redactara alguna nota o para que le descargara trabajo durante el fin de semana. Era un hombre de cuarenta y seis años, casado, neurótico, inseguro y machista. No me llamaba por mi nombre, me llamaba Niña. A ver Niña haz esto, a ver Niña haz lo otro. Así llegué a redactar algunas de las notas que publicaba bajo su nombre. Un modesto sueldo me permitía pagar la renta de un departamento pequeño, escribía en algunas publicaciones y aunque la suma total me quedaba justa, me sentía contenta viviendo en ese lugar. Un viernes salí de la oficina a la fiesta de una amiga de mi primer trabajo, me llamó Rogelio al celular, el primer hombre con el que salí después de mi primer novio. Rogelio llegó a la fiesta, me apartó para decirme que quería terminar porque le gustaba alguien más. Me desinfló el corazón, estaba borracha, pero me acuerdo nítidamente que aún enfrente de él me lastimó imaginármelo besándose con alguien más y me fui de la fiesta sin despedirme de nadie. Me acordé de Julián, mi primer novio con el que duré varios años y a quien aún no soltaba del todo, me acordé de una tontería que decía y que me hizo sonreír cuando iba con el corazón roto al coche que mi papá me había regalado a los dieciocho años, un coche que él había comprado vuelto nada y que había restaurado en sus tiempos libres en el garaje de la casa. Un Valiant 78 plateado que mantenerlo era como un tercer trabajo no remunerado, pero tenía en el tablero metálico un imán de Maggie Simpson que le había puesto cuando me lo regaló. Era una noche de verano y hacía calor. No sabía bien cuánto tiempo había pasado, pero había logrado salir sin despedirme de nadie. Estaba descompuesta la ventilación del coche, había llovido y para limpiar los vidrios empañados tenía una franela roja en la guantera. Recuerdo haber estado a punto de sacar el trapo para limpiar el vidrio en un semáforo y haber pensado por primera vez que podía suicidarme ahí, cruzar la aveni-

da sin ver, con los vidrios empañados, y terminar todo de golpe. Ahora que digo la palabra suicidio me suena demasiado grande, lejana, cómica incluso, pero cuando se necesita desesperadamente una salida, una puerta, sea la que sea, da, sobre todo, paz saber que allí está, tal vez titilando, intermitente, el recordatorio de un escape. Da tranquilidad la sola idea de que existe la posibilidad de frenar todo en cualquier instante. Diría que la posibilidad de un final da fuerza ante la desolación. Estaba en ese hoyo desde hacía semanas, meses, mejor dicho. No llegué al fondo por terminar con Rogelio ni por la cantidad desbordada de trabajo que tenía sino que llegó como llegan los momentos importantes, de un segundo a otro, sin aviso, antes de cruzar un semáforo, un viernes por la noche después de un largo día de trabajo y después de una fiesta, medio borracha, en una noche calurosa luego de la lluvia. Algo empujó el vaso a punto de caer y ahí fue claro cuán oscuro era ese hoyo en el que estaba. Sentí una inmensa tristeza que no sabía de dónde venía y que parecía acrecentarse por el simple hecho de reconocerla. Ahora que lo veo a distancia, sé que el cruce de esa calle fue mi entrada a la vida adulta, una explosión contenida porque como Leandra le había dado una buena cantidad de problemas a mis papás, yo no me había dado cuenta de la pólvora acumulada. Empecé a llorar pensando que el suicidio podía ser una salida cuando sonó el teléfono, pensé que era Rogelio pero la voz de mi mamá me asustó: «¿Qué pasa, Zoé? Estaba a punto de dormirme y sentí que andabas mal, vente a dormir a la casa». Hice un enorme esfuerzo por no berrear, le dije que había cortado con Rogelio, quería salir rápido de la llamada y no tenerle que decir más en ese momento, pero era claro que no era eso, ese era apenas un síntoma. Detenida en el semáforo no pude ni quería decir más. Con el puño de la chamarra limpié un círculo en el vidrio empañado para orillarme. Me eché a llorar hasta que gané fuerzas para cruzar ese semáforo. Si